

Espero hacer ese sistema de la Razon pura (especulativa) con el título de *Metafísica de la naturaleza*, que no ha de tener la mitad de extension que la crítica esta, aunque por el contenido sea harto más rica. Esto se debe á que la crítica tiene antes que mostrar sus fuentes y las condiciones de su posibilidad, y además limpiar y allanar el terreno. Si en este trabajo espero del lector la paciencia é imparcialidad de un juez, allí he de necesitar de la benevolencia y auxilio de un colaborador; pues por completa que fuera la manera como han sido expuestos en la crítica los principios que para el sistema han de servir, la presentacion del sistema exige que no se omita ninguno de los conceptos *derivados*, que no pueden traerse *á priori* y que es preciso buscar poco á poco. Además, como ya toda la síntesis de los conceptos estará agotada en la crítica, se exigirá en el sistema que se haga otro tanto con el *analysis*. Lo cual despues de todo facilita y ameniza el trabajo.

### Prefacio de la segunda edicion.

(1787.)

Si en el trabajo de los conocimientos que pertenecen á la obra de la razon se sigue ó no la senda segura de la ciencia, cosa es que por los resultados bien pronto se juzga. Si despues de mil disposiciones y preparativos se encuentra el lector detenido en el momento de alcanzar el fin, ó si para llegar hasta él, se exige de continuo el retroceder y de nuevo emprender otro camino, ó si no es posible poner acordes á los diferentes colaboradores sobre la manera de proseguir el fin comun, es preciso convencerse que el tal estudio está muy lejos de haber entrado en la segura senda de la ciencia, y que cuanto se ha estado haciendo es un simple ensayo. Y constituye un servicio para la razon descubrir en dónde será posible hallar este camino, aun á costa de abandonar, como cosa vana, mucho de lo que se ha adquirido sin reflexion en el fin propuesto.

Que la Lógica ha entrado en esta segura vía desde los tiempos más atiguos lo prueba el que desde Aristóteles no ha tenido que retroceder un sólo paso, á no ser que se considere que no ha habido perfeccion al despojarla de algunas sutilezas inútiles, ó al darla una claridad

más acabada en la exposicion, cosas que más pertenecen á la elegancia que á la seguridad de la ciencia. Es tambien digno de atencion que tampoco haya podido dar hasta ahora, ningun paso hácia adelante, y que, segun toda apariencia, parece ya cerrada y acabada. Cuando algunos modernos han tratado de extenderla introduciendo capitulos, ya de *psicología*, sobre las diversas facultades de conocer (imaginacion, ingenio); ya de *metafísica*, sobre el origen del conocimiento, ó sobre las diferentes especies de certidumbre, segun la diversidad de los objetos (idealismo, escepticismo, etc.); ya de *antropología*, sobre los prejuicios (sus causas y remedios), sólo han hecho palpable la ignorancia que tienen de la propia naturaleza de esta ciencia. Cuando se traspasan los límites de una ciencia y se entra en otra, no es un aumento lo que se produce, antes bien una desnaturalización. Los límites de la Lógica están claramente determinados, al ser una ciencia que sólo expone y demuestra rigurosamente las reglas formales de todo pensar (ya sea este *a priori* ó empírico, ya tenga tal origen ú objeto, ya encuentre en nuestro espíritu obstáculos naturales ó accidentales).

Si tan ventajosa es la situacion de la Lógica, débelo únicamente á los puntos á que se limita, que la autorizan y hasta la obligan á hacer abstraccion de todos los objetos de conocimiento y de sus diferencias, de suerte que el entendimiento sólo tiene que ocuparse en sí propio y en su forma. Pero para la Razon, que no sólo se ocupa en sí, sino tambien en los objetos, ha debido ser empresa más difícil entrar en las verdaderas vías de la ciencia. La Lógica sirve por ese motivo de propedéutica; y es una especie de vestibulo para las ciencias; y así, al hablar de conocimientos, se tiene ya supuesta una Lógica que los juzga, aunque por otra parte sea necesario acudir á las ciencias objetivas y propia-

mente dichas para adquirir un verdadero conocimiento.

Ahora, al existir lo que decimos Razon en estas ciencias, es preciso que algo sea conocido *a priori*. El conocimiento este puede relacionarse con sus objetos de dos maneras: ó simplemente *para determinar* éste y su concepto (que en otra parte debe haberse dado), ó para *realizarlo*. El primero es un *conocimiento teórico* de la Razon; el segundo un *conocimiento práctico*. En ámbos casos la parte *pura* del conocimiento, más grande ó más pequeña, y que es aquella en donde la Razon determina absolutamente *a priori* su objeto, merece que se la estudie antes y por separado, á fin de no mezclarla con lo que otras fuentes aporten, pues es una hacienda mal entendida la de gastar ciegamente lo que se percibe; que despues no se sabe distinguir, cuando las circunstancias apuran, la parte de gastos que hay que disminuir de la otra que las entradas pueden sostener.

Las *matemáticas* y la *física* son los dos conocimientos teóricos de la Razon, que determinan *a priori* sus objetos; la primera de un modo completamente puro; la segunda, por lo ménos en parte, y despues á medida que lo permiten otras fuentes de conocimiento, que no son la Razon.

Las matemáticas, desde los tiempos más remotos á que alcanza la historia de la Razon humana en la maravillosa Grecia, han seguido siempre el seguro camino de la ciencia. No se crea, empero, que haya sido para esa ciencia tan fácil como para la Lógica, donde la Razon sólo en sí misma se ocupa, descubrir su real camino, ó mejor dicho, construirse, pues me inclino á creer que por largo tiempo (particularmente entre los egipcios) fué un mero tanteo, y que el gran cambio que experimentó, debe atribuirse á una *revolucion* producida por el feliz éxito de un ensayo que algun hombre hacia, acertando con él á entrar en el camino que debia tomarse

para no errar por más tiempo, y que desde ese momento quedaron abiertas y trazadas las vías seguras de la ciencia. La historia de esta revolucion en el pensamiento y la del hombre dichoso que la efectuó, con ser aún más notables que el descubrimiento del camino por el célebre cabo, no han llegado á nosotros. Segun las noticias que Diógenes de Laercia nos trasmite, no debió pasar desapercibida para los matemáticos la grandísima importancia del cambio que sufrió esa ciencia al entrar en el nuevo camino, antes al contrario, vemos que se guardó eterna memoria del que se supone fué inventor de los elementos más simples de la demostracion geométrica, y que, segun el juicio comun, no han menester prueba alguna. El primero que demostró el *triángulo isóceles* (1) (llámese Thales ó como se quiera) dió un gran paso. Por el hecho observó que para conocer las propiedades de una figura, no convenia guiarse por lo que en la figura contemplaba, y ménos en su simple concepto, que lo que le correspondia es señalar lo que él mismo habia introducido con su pensamiento, y compuesto despues (por construccion). Vió tambien que, si algo con certeza queria saber *á priori*, no admitiera cosa que no fuere consecuencia necesaria de que lo él mismo, por medio de su concepto, habia puesto en el objeto.

No sucedió lo mismo con la Física, que hubo de tardar mucho más tiempo en encontrar las grandes vías de la ciencia; pues apenas hace siglo y medio que la proposicion del profundo *Bacon de Verulam* causó este descubrimiento ó por lo ménos dió pié, por estar ya muy preparado el camino; pero de todas suertes fué una com-

(1) Aunque en el texto dice equilátero, bien se advierte el error que, por otra parte, Kant hizo notar á G. Schütz, en una carta que le dirigió el 25 de Enero de 1787. Así lo reconocen Rosenkranz, Hartenstein, Kirchmann y cuantos han publicado ediciones de las obras de Kant.—(N. del T.)

pleta revolucion del pensamiento. Solo hablo aquí de la física que se funda en principios empíricos.

Cuando *Galileo* hizo rodar sobre un plano inclinado las bolas cuyo peso habia señalado, ó cuando *Torricelli* hizo que el aire soportara un peso que él sabia ser igual á una columna de agua que le era conocida, ó cuando más tarde *Stahl* trasformó metales en cales y estas á su vez en metal, quitándole ó volviéndole á poner algo (1), puede decirse que para los físicos apareció un nuevo dia. Se comprendió que la razon solo descubre lo que ella ha producido segun sus propios planes; que debe marchar por delante con los principios de sus juicios determinados segun leyes constantes, y obligar á la naturaleza á que responda á lo que la propone, en vez de ser esta última quien la dirija y maneje. De otro modo no seria posible coordinar en una ley necesaria observaciones accidentales que al azar se han hecho sin plan ni direccion, cuando precisamente es lo que la razon busca y necesita. La razon se presenta ante la naturaleza, por decirlo así, llevando en una mano sus principios (que son los sólo que pueden convertir en leyes á fenómenos entre sí acordes), y en la otra, las experiencias que por esos principios ha establecido; haciendo esto, podrá saber algo de ella, y ciertamente que no á la manera de un escolar que deja al maestro decir cuanto le place, ántes bien, como verdadero juez que obliga á los testigos á responder á las preguntas que les dirige. De suerte, que si bien se advierte debe la física toda la provechosa revolucion de sus pensamientos á la ocurrencia de que sólo debe buscar en la Naturaleza (no inventar) aquello que la Razon misma puso en conformidad con lo que se desea saber, y que por sí sola no seria fac-

(1) No sigo rigurosamente el curso de la historia del método experimental, cuyos primeros comienzos no son todavía muy bien conocidos.

tible alcanzar. A esta revolucion debe principalmente la fisica haber entrado en el seguro camino de la ciencia, despues de haber sido por largos siglos un simple ensayo y tanteo.

La Metafisica, aislado conocimiento especulativo de la Razon, que nada toma de las enseñanzas de la Experiencia y que sólo se sirve de simples conceptos (no como las Matemáticas, mediante aplicacion de los conceptos á la intuicion), donde, como es natural, campea por sí sola la Razon, no tiene la dicha de haber podido entrar en el seguro camino de una ciencia; ésta, que es de las ciencias la más antigua y de tal naturaleza, que aún sumiéndose las restantes en las tinieblas de una destructora barbárie, jamás dejaria de existir! Pero en esa ciencia la Razon tropieza con las mayores dificultades aún para comprender *á priori* las leyes que la más vulgar experiencia confirma (como ella pretende). Así, que el camino que se traza no es firme ni seguro, y mil veces es menester de nuevo rehacerlo, pues no conduce á donde se deseaba llegar.

Y por lo que toca á la armonía de las afirmaciones entre sus adeptos, está tan lejos de ello, que más bien parece campo de combate hecho expresamente para ejercitar en asaltos sus fuerzas, en donde nunca ha adquirido uno de los combatientes el más reducido terreno para edificar con alguna duracion el fruto de su victoria. Es necesario que nos convenzamos de que la marcha de esta ciencia ha sido hasta ahora incierta, el de un tanteo (*Herum-tappen*), y hecha, lo que es ciertamente más triste, por medio de simples conceptos.

¿En qué consiste, pues, que la ciencia aún no ha podido encontrar aquí un camino seguro? ¿Es acaso imposible? ¿Por qué la Naturaleza incita á nuestra Razon, con esos incansables esfuerzos, hácia ese camino, como si ese fuera su más principal negocio? Todavía ;cuán poco fundamen-

to tenemos para confiarnos á nuestra razon; ella, que no sólo nos abandona en el asunto que más nuestra curiosidad excita, sino que, alimentándonos de ilusiones, al fin nos engaña! ¿Será, tal vez, que hasta ahora ha carecido de dicho camino? Pero entónces, ¿qué indicio tenemos para esperar que las nuevas investigaciones nos harán más dichosos que los que nos han precedido?

Con el ejemplo de las matemáticas y la fisica, que son hoy lo que son, por efecto de una revolucion en un solo momento hecha, podiamos creer que el hecho es muy importante, y que merece se reflexione sobre el punto esencial del cambio de método que tan ventajoso les ha sido, y que acaso fuera bueno imitarlas, al ménos en tanto cuanto lo permite la analogía que entre ellas (conocimientos racionales) y la Metafisica existe. Hasta nuestros dias se ha admitido que todos nuestros conocimientos deben regularse por los objetos. Pero también han fracasado por esa disposicion cuantos ensayos se han hecho de construir por conceptos algo *á priori* sobre esos objetos, lo cual, en verdad, extenderia nuestro conocimiento. Ensáyese, pues, aún á ver si no tendriamos mejor éxito en los problemas de la Metafisica, aceptando que los objetos sean los que deban reglarse por nuestros conocimientos, lo cual conforma ya mejor con la deseada posibilidad de un conocimiento *á priori* de esos objetos, el cual asegura algo de ellos antes que nos sean dados. Sucede aquí lo que con el primer pensamiento de Copérnico, que, no pudiendo explicarse bien los movimientos del cielo, si admitia que todo el sistema sideral tornaba al rededor del contemplador, probó si no seria mejor suponer que era el espectador el que tornaba y los astros los que se hallaban inmóviles. Puédese hacer con la Metafisica un ensayo semejante, en lo que toca á la *intuicion* de los objetos. Si la intuicion debe reglarse por la naturaleza de los objetos, yo no compren-

do entónces cómo puede saberse de ellos algo *á priori*; pero, réglese el objeto (como objeto de los sentidos) por la naturaleza de nuestra facultad intuitiva, y entónces podré representarme perfectamente esa posibilidad. Mas como yo no puedo quedarme en esas intuiciones, si es que han de ser conocimientos, sino que en tanto que son representaciones debo referirlas á alguna cosa que sea objeto, y como estos últimos deben ser determinados por ellas, he de admitir, ó que los *Conceptos*, por los cuales cumplo esa determinacion se reglan tambien por los objetos, lo cual me pone otra vez en el mismo apuro de saber cómo puedo conocer algo de ellos *á priori*, ó reconocer que los objetos, ó lo que es lo mismo, que la *Experiencia*—en la cual únicamente (como objetos dados) pueden ser conocidos,—se regla por estos conceptos, en lo que veo inmediatamente una manera más fácil de salir del apuro. En efecto, la Experiencia misma es una especie de Conocimiento, que exige la presencia del Entendimiento, cuya regla tengo que suponer en mí ántes de que ningun objeto me sea dado, y por consiguiente *á priori*. Esta se manifiesta por medio de conceptos *á priori* que sirven, por lo tanto, para reglar necesariamente á todos los objetos de la Experiencia, y con los cuales tienen tambien que conformar. Por lo que á los objetos toca, al ser sólo pensados por la Razon, y esto de una manera necesaria, pero sin poder en modo alguno darse en la Experiencia (por lo ménos de la manera como la Razon los piensa), los ensayos que se han hecho para pensarlos (pues deben poderse pensar) suministrarán, segun esto, una magnífica piedra de toque para lo que tomamos como método variable de la manera de pensar, á saber, que sólo conocemos *á priori* en las cosas lo que hemos puesto en ellas (1).

(1) Este método, tomado de los físicos, consiste, pues, en indagar los

Este ensayo suministra lo que se pide y asegura á la Metafísica en su primera parte la vía segura de una ciencia, pues en ella sólo se ocupa él de conceptos *á priori*, cuyos correspondientes objetos pueden ser dados en una experiencia que conforme con esos conceptos. En efecto, segun este cambio de método en el modo de pensar, puede explicarse claramente la posibilidad de un conocimiento *á priori*, y lo que aún es más, dar pruebas suficientes de las leyes que fundamentan *á priori* la naturaleza, considerada ésta como el conjunto de los objetos de la Experiencia; cosas ámbas totalmente imposibles segun el procedimiento hasta ahora empleado. Pero resulta de esta deducción de nuestra facultad de conocer *á priori* en la primera parte de la Metafísica un producto extraño y en apariencia perjudicial al fin que se propone la segunda parte, á saber: que nosotros no podemos con él traspasar los límites de la Experiencia, lo que es sin embargo el capital asunto de esta ciencia. Mas aquí precisamente dá el experimento una contra-prueba de la verdad del resultado de aquella primera apreciación de nuestro conocimiento racional *á priori*, á saber: que éste sólo se refiere á fenómenos, dejándonos

elementos de la Razon pura en aquello que se puede confirmar ó refutar por un experimento. Mas para la prueba de las proposiciones de la Razon pura, particularmente cuando han traspasado los límites de toda Experiencia posible, no se pueden hacer experimentos con *Objetos* (como en la Física);—por lo tanto, eso sólo será factible con *Conceptos* y *Principios* que admitimos *á priori*, es decir, instituyéndolos de modo que los mismos *Objetos* sean, *por una parte*, objetos de los sentidos y del entendimiento, es decir, de la Experiencia; y *por otra parte*, únicamente como objetos que solo se piensan, y de la sola Razon aislada y esforzándose en ir aún más allá de los límites de la Experiencia; por lo tanto, pueden ser considerados desde dos partes distintas. Hállase, pues, que cuando se considera á las cosas desde ese doble punto de vista, se obtiene la conformidad con el Principio de la Razon pura; mientras que bajo uno solo causan una inevitable contradicción de la Razon consigo misma, y el experimento decide entónces en pró de la exactitud de aquella distinción.

sin conocer á la cosa en sí, por más que para sí misma sea real. Porque lo que nos impulsa de una manera necesaria á ir más allá de los límites de la experiencia y de todos los fenómenos, es lo *incondicionado* (1) que la Razon necesariamente exige á la cosa en sí y con pleno derecho á todo lo condicionado; pidiendo así la perfeccion de la série de las condiciones. Hállase, pues, cuando se admite que nuestro conocimiento experimental se regla por los objetos como cosas en sí, que lo incondicional no puede *concebirse sin contradiccion*; al contrario, admitiendo que nuestra representacion de las cosas, tal como nos son dadas, no se regla por éstas como si fueran cosas en sí, sino que estos objetos, como fenómenos que son, se reglan por nuestra manera de representar, *desaparece entónces la contradiccion*. Y si consecuentemente se admite que lo incondicionado no debe hallarse en las cosas en tanto que nos son conocidas (nos son dadas), sino en tanto que no nos son conocidas, es decir, en las cosas en sí, queda entónces demostrado que lo que antes sólo habíamos admitido como ensayo, está perfectamente establecido (2). Pero despues de haber rehusado á la razon especulativa todo progreso en el campo de lo suprasensible, queda todavía por indagar si no hay en su conocimiento práctico datos que la permitan determinar el concepto racional y trascendente de lo absoluto y de qué manera puede extender, conforme con el deseo de la metafísica, nuestro conocimiento á

(1) *Unbedingte*, sin condicion, es decir, lo absoluto.

(2) Este experimento de la Razon pura tiene mucho de semejante con el del químico, al que muchas veces se llama ensayo de *reduccion*, ó en general el *procedimiento sintético*. El *análisis* del metafísico divide el conocimiento puro á *priori* en dos elementos muy distintos, á saber: el de las cosas como fenómenos, y el de las cosas en sí mismas. La *dialéctica* une ámbas de nuevo para la *conformidad* con la idea racional y necesaria de lo *incondicionado* y halla que esta conformidad nunca puede tener lugar sino por medio de aquella distincion que es, por tanto, verdadera.

*priori* más allá de los límites de la experiencia, aunque solo en su sentido práctico. Con el procedimiento indicado, la Razon especulativa nos ha dejado al ménos un lugar para esa extension, aunque vacío y sin haberlo podido llenar ella misma; pero lo tenemos y á nosotros nos toca y hasta se nos excita á que lo llenemos por medio de datos prácticos y siempre que tengamos medios de llevar la empresa á feliz término (1).

La obra de la Crítica de la Razon pura especulativa consiste en la tentativa de cambiar el método hasta aquí seguido en la Metafísica, y realizar de este modo una revolucion semejante á la que han experimentado la Física y Geometría. Es por sí un tratado del método y no un sistema de la ciencia misma, aunque á la vez traza todos sus contornos, así en lo que á sus límites se refiere, como á toda su estructura interior. Porque la Razon pura especulativa tiene la particularidad de que puede y debe justipreciar su propio poder por las diferentes maneras que emplea en la eleccion de objetos de pensar y enumerar perfectamente todas las clases de problemas que se presentan, trazando de esta suerte todo el plan de un sistema de metafísica. Y puede realizarlo, porque, en lo que al primer punto toca, no puede atribuirse en el conocimiento á *priori* á los objetos más que lo que el su-

(1) Así demostraron las leyes centrales del movimiento de los cuerpos celestes la decidida certeza de lo que en un principio Copérnico sólo tomó como hipótesis, é hicieron ver al mismo tiempo la fuerza invisible que une el Universo (la atraccion *newtoniana*), la cual nunca hubiera sido descubierta si el primero no se hubiera atrevido, obrando en contra de los sentidos, pero de la verdadera manera, á buscar los movimientos observados, no en los objetos celestes, sino en su espectador. La variacion de método que yo propongo en la crítica, semejante como ya he dicho á aquella hipótesis, aunque en el tratado mismo esté probada su verdad, no hipotéticamente, sino de una manera apodictica con la naturaleza de nuestras representaciones de espacio y tiempo y con los conceptos elementales del entendimiento, la presento aquí en el prefacio como hipótesis, á fin de hacer notar el carácter hipotético que siempre tienen todos los ensayos en las reformas de esta clase.